

Diciembre 9 de 1954

45ª REUNION — Continuación de la 4ª SESION EXTRAORDINARIA

Presidencia del ingeniero ALBERTO J. ITURBE, presidente provisional
del Honorable Senado

Secretarios: señores ALBERTO H. REALES y SANTIAGO A. JOB

SENADORES PRESENTES:

ALBARÍÑO, Ramón A.
AMADO, Elías Teodoro F.
ANGULO, Rodolfo Antonio
ANTINUCCI, Atilio
BAZAN, Miguel Ángel
BRISOLI, Blas
CALVINO DE GÓMEZ, María Rosa
CASCO DE AGUER, María del Carmen
CASTAÑEIRA DE BACCARO, Hilda Nélida
CORREA, Antonio Eduardo
CORRECHÉ, Susana
DE PAOLIS, José Guillermo
DURAND, Alberto
GIMENEZ, Francisco
GRAZIANO, Alberto A.
HERRERA, Paulino B.
IBARGUREN, Prudencio M.
ITURBE, Alberto J.
JUAREZ, Carlos A.
NAVARRO, Ramón M.
PIERANGELI VERA, Humberto
PINEDA DE MOLINS, Ilda Leonor
RIERA, Fernando
RODRIGUEZ LEONARDI DE ROSALES, Elvira E.
RUIZ VILLASUSO, Eduardo Pío
VELAZCO, J. Filomeno
XAMENA, Carlos

AUSENTE, EN MISIÓN ESPECIAL:

LARRAURI, Juana

AUSENTES, CON LICENCIA:

DI GIROLAMO, Elena
FERRARI, Juan Antonio
LUCO, Francisco R.
ZAVALA ORTIZ, Ricardo

SUMARIO

1.—Asuntos entrados:

- I.—Comunicaciones de la Honorable Cámara de Diputados. (Página 1069.)
- II.—Comunicación de la Presidencia del Honorable Senado. (Página 1082.)
- III.—Petición particular. (Página 1082.)

2.—Continúa la consideración del despacho de la Comisión de Agricultura y Ganadería en el mensaje y proyecto de ley del Poder Ejecutivo por el que se actualizan normas sobre colonización. Se aprueba. (Página 1082.)

3.—Apéndice:

- I.—Sanción del Honorable Senado. (Página 1092.)
- II.—Comunicación al Poder Ejecutivo. (Página 1099.)

—En Buenos Aires, a los nueve días del mes de diciembre de 1954, a la hora 10 y 15, dice el

Sr. Presidente (Iturbe). — Continúa la sesión.

1

ASUNTOS ENTRADOS

Sr. Presidente (Iturbe). — Por Secretaría se va a dar cuenta de los asuntos entrados.

I

Comunicaciones de la Honorable Cámara de Diputados

Sr. Secretario (Reales). — La Honorable Cámara de Diputados envía el siguiente proyecto de ley, en revisión:

a correr pueda sobrepasar, desde el 1º de enero de 1955, los plazos de prescripción establecidos en el presente artículo.

Las nuevas disposiciones sobre suspensión e interrupción de la prescripción sólo regirán para los hechos y actos posteriores al 1º de enero de 1955.

Las normas sobre devolución, canje, imputación o compensación contenidas en este artículo, no se aplicarán a los casos en que, conforme a la ley de sellos (texto ordenado en 1952), el plazo para solicitarlos haya vencido antes del 1º de enero de 1955. En cuanto a los casos en los cuales a esa fecha no se hubiere operado aún el vencimiento del plazo, se aplicarán las nuevas disposiciones, a cuyo efecto, el término de cinco (5) años se contará a partir del 1º de enero siguiente a la fecha de habilitación del sellado o la del pago del gravamen.

El impuesto a los cheques fijado por este artículo, regirá para los que los bancos pongan en circulación a partir del 1º de enero de 1955.

Art. 12. — Exímese del impuesto de sellos, siempre que medie reciprocidad de trato, a los contratos y operaciones a que se refieren los decretos 11.554/54 y 13.115/54.

Art. 13. — Modifícase, a partir del 1º de enero de 1955, la ley de derechos de inspección de sociedades anónimas (texto ordenado en 1952) en la siguiente forma:

1. Substitúyese el artículo 3º por el siguiente:

Artículo 3º. — Las entidades reconocidas por el Poder Ejecutivo, así como las autorizadas para establecer en el país sucursal o agencia de sus operaciones y las inscritas conforme a la ley 8.867, pagarán en concepto de derecho anual de inspección una cuota fija de \$ 1.000 más un adicional de \$ 100 por cada millón o fracción de millón del capital suscrito que arroje el balance general correspondiente al ejercicio cerrado en el año inmediato anterior.

Las sucursales o agencias de compañías extranjeras que no tengan capital asignado, pagarán únicamente la cuota fija de \$ 1.000 anuales.

Las sociedades anónimas en liquidación abonarán por el mismo concepto la suma de \$ 500 anuales.

A los efectos de lo dispuesto en el artículo 5º, el adicional se calculará en función del capital suscrito en el acto constitutivo de la entidad.

La falta de pago en término de los derechos fijados en este artículo, dará lugar a la aplicación de los recargos establecidos en la ley 11.683.

2. Deróganse los artículos 4º y 6º.

Art. 14. — Aclárase el artículo 17 de la ley 14.385 en el sentido de que el quince por ciento (15 %) a que se refiere el mismo, se aplicará sobre el precio de venta de las cubiertas en igual forma que la tasa del treinta por ciento (30 %) fijada por el artículo 112 de la ley de impuestos internos (texto ordenado en 1952).

Art. 15. — Comuníquese al Poder Ejecutivo.

Dios guarde al señor presidente.

ANTONIO J. BENÍTEZ.
Eduardo T. Oliver.

Este proyecto de ley ha sido girado directamente a la Comisión de Presupuesto, Hacienda y Asuntos Económicos, de acuerdo con la autorización conferida a la Presidencia en la sesión del 1º del corriente.

Además, la Honorable Cámara de Diputados comunica la sanción definitiva del proyecto de ley, que le fuera pasado en revisión, por el que se unifican los impuestos internos nacionales.

Sr. Presidente (Iturbe). — A sus antecedentes.

II

Comunicación de la Presidencia del Honorable Senado

Sr. Secretario (Reales). — La Presidencia informa que en el día de la fecha ha comunicado al Poder Ejecutivo la sanción definitiva del proyecto de ley sobre unificación de los impuestos internos nacionales (1).

III

Petición particular

Sr. Secretario (Reales). — La Cámara Argentina del Libro eleva nota relacionada con el proyecto de ley sobre régimen impositivo.

Sr. Presidente (Iturbe). — A sus antecedentes.

2

LEY DE COLONIZACION

Sr. Presidente (Iturbe). — Continúa la consideración del despacho de la Comisión de Agricultura y Ganadería en el mensaje y proyecto de ley del Poder Ejecutivo sobre colonización.

Sra. Correché. — Pido la palabra.

Sr. Presidente (Iturbe). — Tiene la palabra la señora senadora por Eva Perón.

Sra. Correché. — En la mañana de ayer hemos escuchado la palabra ilustrada del presidente y de un miembro de la Comisión de Agricultura, senadores Riera y Pierangeli Vera, respectivamente, quienes han demostrado la necesidad e importancia de estas disposiciones de la ley de colonización, que resolverán, de una vez por todas, el problema del agro argentino.

Es de tal trascendencia el proyecto, que no hemos creído innecesario que el otro miembro de la comisión aludida, la senadora que habla, diga también algunas palabras para expresar, en este caso, la satisfacción de un representante de una provincia eminentemente agricolagandera, como es Eva Perón, por la forma en que el Poder Ejecutivo ha contemplado todos los aspectos de la colonización de tierras.

Los fisiócratas, que estudiaron con dedicación el problema agrario, decían que en el campo

(1) Véase el texto de la comunicación en el Apéndice.

está el principio de la prosperidad, y lo anunciaban en una frase que ha pasado tradicionalmente a los textos de economía política: «*Pauvre paysans, pauvre le royaume, pauvre le royaume, pauvre Roi*» que en buen castellano se ha vertido así: «cuando el labrador tiene dinero lo tiene el mundo entero».

Vale decir, que las fuentes de la prosperidad de una nación son sus industrias madres, o sea la agricultura y la ganadería.

Sin embargo, en este caso no haré solamente una exposición desde el punto de vista económico, aunque tiene su importancia, sino también desde el punto de vista nacional y social, que se refiere a la población y a la subdivisión de los campos, problema que conocemos perfectamente los que hemos nacido y vivido siempre en las provincias que se dedican especialmente a las tareas agropecuarias.

Por razones históricas y también económicas —como por ejemplo la ley de concentración— hemos visto que en estos últimos 70 años las tierras, así como todos los otros elementos de la riqueza, han ido pasando a un número pequeño de manos. No se ha podido —ni siquiera en los países de Europa donde se ha hecho la subdivisión por razones de herencia, siguiendo el código de Napoleón— evitar que la tierra haya caído en manos de los más poderosos. En nuestro país la posesión de la tierra dió lugar a la formación de lo que se ha llamado la aristocracia fincada, la que después, al arrendar sus propiedades, vivía en la ciudad quitando al labrador la mayor parte de la renta y desinteresándose por completo del estado de los campos.

Por otra parte, el fenómeno de la industrialización, especialmente con la creación de la máquina de vapor —y esto más en Europa que aquí—, hizo que las manufacturas, en vez de situarse a las orillas de los ríos donde se encontraban las caídas de agua para mover la rueda hidráulica, se concentrasen en las ciudades donde estaban el agua y el carbón que movían las máquinas de vapor. Los adelantos de la técnica, al concentrar en las grandes ciudades las industrias, han hecho que el arrendatario se convirtiera en peón y que por último, desposeído, emigrara a las ciudades a ofrecer simplemente sus brazos, en la necesidad de sostener a su familia.

En nuestro país la posesión de la tierra comenzó en la época del descubrimiento y la conquista. Las mercedes reales daban a los capitanes, a aquellos bravos capitanes, la posesión de la tierra en algunos casos «hasta donde la vista alcance», y bien sabemos que aquellos bizarros capitanes tenían vista de águila, de tal forma que las posesiones eran casi ilimitadas.

La Revolución de Mayo, en cambio, y especialmente bajo el pensamiento de Moreno, hizo que se recapacitara un poco sobre la posesión

de la tierra y la necesidad de darla a las clases más desposeídas. Sin embargo, el pensamiento de Mayo, como sabemos, fué desvirtuado después por los acontecimientos políticos. La Asamblea del año 13, recordada siempre por las leyes y disposiciones eminentemente adelantadas para aquel tiempo, abolió las vinculaciones y los mayorazgos para que la propiedad pudiera circular y derogó el yanaconazgo, que era la institución por medio de la cual se hacía la concesión de la tierra a quien generalmente era un privilegiado, que todavía tenía el derecho de hacerla servir gratuitamente por los indios. Estos adelantos fueron confirmados por el Congreso de Tucumán, que hizo la repartición de los terrenos baldíos y las ventas de fincas, habilitando a los naturales con las primeras herramientas de labranza. Por último, ya en el terreno, diremos, del derecho positivo, tenemos la primera ley de tierras, que es, naturalmente, la de enfiteusis, creada por Rivadavia, con características propias, puesto que se refiere a la tierra pública y no a la privada, como lo era en Roma y en el Medioevo, y que pareció en un momento solucionar el problema de la población de nuestras campiñas.

Desvirtuada, por fin, la enfiteusis, quedó solamente como una reliquia histórica y nuestro codificador la proscribió, porque no la cree conveniente. El concepto de enfiteusis fué repetido en el artículo 63 de la enmienda Palacios, en la ley 12.636 del año 1940, que es la que nos rige en estos momentos.

Avellaneda, que fué un presidente que debía tener conocimiento sobre el problema de la tierra, y ello lo demostró en algunos escritos, en el año 1876, cuando le tocó actuar como presidente, manda al Congreso una ley que es realmente sorprendente, porque permite la venta de la tierra pública a una sola persona, hasta la cantidad de 80.000 hectáreas, de tal forma que en ese momento —y ya por ley y no por apropiación, como fué antes— las personas que pudieron adquirir la tierra tuvieron en su poder una extensión enorme de nuestras campiñas.

La ley sancionada en 1878, que se propuso formar los recursos para la expedición a Río Negro, establecía la venta sin límite de la tierra pública a 400 pesos la legua y los premios, que fueron dados, naturalmente, a gente que no tenía psicología de agricultores, permitiendo que esos títulos provisionales fueran vendidos a los acaparadores, siguiendo el proceso de concentración de la tierra argentina en muy pocas manos.

Luego viene la ley 4.167, dictada en 1903, que aparentemente y en la teoría iba a combatir al latifundio, y que contenía una disposición por la cual se permitía al arrendatario que comprara la mitad de la tierra arrendada. ¿Pero qué sucedió? Ocurrió lo mismo que con otras instituciones muy buenas en la teoría:

que grandes compañías extranjeras que tenían en ese momento numerario en sus manos, con supuestos o simulados arrendatarios, especialmente en la Patagonia, hicieron la opción de la compra de la mitad de la tierra arrendada y formaron así establecimientos con tan grandes extensiones que, quien viaja en tren, desde que sube hasta que desciende del mismo, advierte que los campos recorridos, a veces, pertenecen a la misma compañía.

Llegamos así a la ley 12.636, del año 1940, que fué muy discutida, especialmente en el Senado, donde se hizo alarde de conocimientos sobre el problema agrario. Ella no fracasó por su letra sino por su espíritu y sobre todo porque el Poder Ejecutivo no cumplió, como debía hacerlo, con la entrega al Consejo Agrario Nacional de los millones de pesos necesarios, lo cual ha dado motivo a un libro muy interesante —aunque no está de acuerdo con nosotros— publicado por uno de los presidentes del citado consejo, quien se desespera al ver cómo en aquellos tiempos se hacían las leyes. ¡Pero, señores, no nos engañemos! ¡Nunca se cumplían! La prueba está en que por decreto de nuestro gobierno se ha creado el Consejo Coordinador, que ya está trabajando. Por eso la importancia de este proyecto de ley, que da al Consejo Coordinador y al banco, que es su instrumento, las normas legales para hacer en gran escala la colonización del país, porque ya el gobierno de Perón está trabajando en la distribución de tierras. Y los señores senadores han oído las prolijas estadísticas que dió el señor senador Riera en la sesión de ayer. Significó que el gobierno se ha ocupado y se ocupa de la distribución de la tierra, utilizando el banco y el Consejo Coordinador, nombrado por decreto y que ahora forma parte del cuerpo de la ley.

De manera que este proyecto, más que nada, sistematiza y organiza el pensamiento del gobierno peronista con respecto al uso y disposición de la tierra en nuestro país.

El problema de la tierra está directamente vinculado con el de la propiedad, institución garantizada en nuestra antigua Constitución en sus artículos 14 y 17 e innovada en la Constitución peronista de 1949 por el artículo 38.

Es mi deseo hacer un paralelo entre el antiguo artículo 17 de la Constitución y las normas del Código Civil que lo siguen, con el artículo 38 de la Constitución peronista.

El citado artículo 17 decía «la propiedad es inviolable» y en esa expresión estaban comprendidos sus tres atributos esenciales: que sea absoluta, exclusiva y perpetua. A pesar de que el codificador incluyó un capítulo «de las limitaciones de la propiedad» —creo que lo dije desde esta banca al tratar la ley de indiscriminación de los hijos—, el artículo 2.513, en su nota, señala que el abutendi de los romanos

no es el abuso sino la disposición de la cosa y destaca: «Pero es preciso reconocer que siendo la propiedad absoluta, confiere el derecho de *destruir* la cosa.» y Agrega una concepto eminentemente individualista: «Toda restricción preventiva tendría más peligros que ventajas. Si el gobierno se constituye en juez del buso, ha dicho un filósofo, no tardaría en constituirse en juez del uso, y toda verdadera idea de propiedad y libertad, sería perdida.» Individualismo puro tomado del artículo 544 del Código Napoleón.

Al comentarse el Código Napoleón, se señaló que no era posible que un propietario prendiera fuego a su campo o que tuviera veinte leguas sin destinarlas a uso alguno. La letra de nuestro código y las circunstancias de encontrarse la tierra argentina en manos de esa oligarquía a la que me refería hace un instante, ha hecho que el trabajador, el hombre de la campaña, no poseyera más que sus pobres «pilchas», algunas veces, y un caballito criollo, cuyo apero, en ese caso, le servía para dormir en los galpones, en medio del maíz y del trigo, compartiendo, naturalmente, su lecho las ratas del lugar.

En el derecho romano, en lo que a la propiedad se refiere, es menester distinguir las épocas. No puede hablarse de derecho romano en general, ya que, en tiempo de la República, Justiniano, en sus conocidas Institutas, enseñaba que es interés de la República que el propietario no haga mal uso de la propiedad en desmedro de sociedad entera. Y subvertidas las instituciones durante el imperio, es posible que haya habido la propiedad llamada quiritaria, terriblemente absoluta.

A pesar de que nuestro código sigue las normas establecidas por el de Napoleón y tomando las instituciones del derecho romano, de acuerdo con las notas transcritas, y el propio espíritu de Vélez Sársfield, sostengo que la propiedad es más absoluta en nuestro código que en el derecho romano. Eso está magistralmente explicado en su libro sobre el espíritu de las leyes por el expositor Ihering, quien nos ha legado la mayor parte de las instituciones que han sido tomadas después del silencio de la Edad Media, en las renovaciones políticas que comenzaron con la Revolución Francesa.

Con respecto a la expropiación, que es una de las limitaciones del derecho de la propiedad, dijo von Ihering que la propiedad sin la expropiación «es un azote para la humanidad». Así debe ser, pues en todos los regímenes se ha considerado que el Estado por medio de sus órganos legales puede apoderarse de una propiedad privada para solucionar un problema público. En esta materia sigo el pensamiento del diputado Ventura González, quien, en sus justas y concretas apreciaciones al tratarse la ley complementaria de los bienes de la familia Bemberg,

señaló que la expropiación debe ser calificada. Antiguamente, tenía por fundamento la necesidad pública; figura así en el artículo 17 de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. La necesidad es un concepto esencialmente restrictivo, porque existen obras que requiere la comunidad y que sin embargo no son de necesidad.

Posteriormente se cambió el criterio de necesidad por el de utilidad pública. Es el que figura en el código nuestro y en la Constitución de 1853. En cambio, la Constitución de 1949 establece la utilidad pública o el interés general; de tal modo que para fines de bien común, así no haya utilidad —aunque pienso que hasta unas flores perfumadas también dan su utilidad—, nuestra Constitución de 1949 permite la calificación por ley de los predios o propiedades privadas que van a servir a un fin de bien común.

No solamente en nuestro país, sino en casi todas las constituciones iberoamericanas, desde la de México de 1917, hay este concepto de que la propiedad privada debe servir a un fin, que es el alto fin de la comunidad. De lo contrario, la propiedad privada se vuelve antisocial, como muy bien dijo el señor senador Pierangeli Vera haciendo la cita del profesor Lafaille. Esa propiedad así absoluta, en manos de personas que desgraciadamente no están cerca de ella, que no la quieren ni la hacen producir, se transforma en un elemento de odio, en un cómodo argumento para los agitadores. En este sentido también se expresa Walter Lissman en su libro *The good society*, al expresar que los propietarios tendrán una verdadera inseguridad y que no les conviene una propiedad absoluta porque el gran número de personas desposeídas les hará vivir intranquilos con sus demandas.

De modo que, tanto para el que no tiene como para el que tiene, es conveniente la propiedad en el sentido social en que se inspira la Constitución de 1949, y en especial el artículo 38, que dice: «La propiedad privada tiene una función social y, en consecuencia, estará sometida a las obligaciones que establezca la ley con fines de bien común.» Y luego: «La expropiación por causa de utilidad pública o de interés general —ésta es la novedad— debe ser calificada por ley y previamente indemnizada.»

Y digamos aquí muy alto, con la conciencia tranquila, como lo dijeron mis dos compañeros de comisión en la sesión de ayer, que la doctrina peronista, el gobierno argentino y el pueblo que lo acompaña en su gestión no son contrarios a la propiedad privada en absoluto; son contrarios a ella cuando es un azote, cuando provoca el odio y cuando es una verdadera preocupación hasta para los mismos propietarios.

En esta forma, dándole a la propiedad privada la función social que debe tener, y en especial a la tierra, que es algo que nos viene

de la naturaleza y que solamente la apropiación individual ha hecho que pertenezca a los hombres —como si algún día quisiéramos apropiarnos de la luz, del sol o del aire—, dándole digo, la función social que debe tener, solamente podrá hacerse que esa tierra vuelva a las manos del que la trabaja, que es el que la riega —y ya no es una frase— con el sudor de su frente y con la sal de sus lágrimas. Y la tierra, por ser femenina, se entrega y da los frutos cuando verdaderamente se la quiere.

Con respecto a la ley, y ya entrando a la parte dispositiva, también de acuerdo con mis compañeros de comisión, voy a tocar solamente los puntos que se refieren a la parte social de la ley, desde el punto de vista y del tamiz de espíritu femenino, como es muy lógico, porque para ello nos han puesto en las Cámaras parlamentarias, para que agreguemos ese poquito de sentimiento y de ternura que, naturalmente nos es privativo.

De modo que siguiendo el orden de los artículos los haré hincapié en los que se refieren a la parte que protege a la familia, especialmente la campesina, y a todas las disposiciones de carácter social.

Uno de los artículos más importantes —quizá lo considero así porque hemos vivido el problema en mi pueblo de Doblas— es el artículo 18, que dice: «para evitar que se tenga la expansión de centros urbanos y satisfacer esta exigencia del perfeccionamiento social, el Poder Ejecutivo solicitará la autorización del Congreso Nacional para expropiar las tierras necesarias a tal fin, sin la limitación del artículo 15».

El artículo 15 dice que sólo cuando las tierras no estén racionalmente explotadas podrá el gobierno solicitar la expropiación. Pero sucede en los pueblos chicos —creo que los señores senadores deben conocer el problema— que dos o tres señores llegan con sus estancias hasta el propio límite del pueblo. En Doblas tenemos de los lados Sur y Oeste un propietario. Su propiedad llega hasta la misma vía del ferrocarril, y tiene un médano enfrente que no se ha podido comprar ni dividir; allí han ido los ingenieros de tierras para hacer una plantación apropiada al tipo de suelo, pero el señor no ha querido ni plantar él, ni que plantara el vecino, ni venderlo, ni cederlo, ni prestarlo y llegará un día en que la estación del ferrocarril de Doblas será cubierta por el médano. Es un criterio realmente egoísta, de gente que vive en nuestros tiempos.

Del lado Este tenemos un propietario, y del Norte otro propietario, y como a 200 metros de la escuela pública está la tranquera de una gran estancia, que creo que tiene 2.000 hectáreas, cuyo dueño no ha permitido, pese a las gestiones que hemos hecho muchísimas veces

las maestras, dividirla en treinta o cuarenta pequeñas quintas, con el objeto de que las pobres mujeres del monte puedan vivir más cerca del pueblo para mandar sus niños a la escuela; la comunidad, entonces, está cerrada absolutamente, sin tener un solo solar para comprar.

De modo que el artículo 18, en este sentido, tiene para mí un valor extraordinario, ya que aunque la tierra de ese propietario esté racionalmente trabajada —que generalmente no lo está, porque hay propietarios egoístas como el que comento— se permitirá la división para que los pueblos chicos de campaña no se ahoguen y mueran. Sucede también a veces, señor presidente, que como no hay quintas en los alrededores, es necesario traer las verduras y las frutas de otro lado, en pleno interior del país, en plena zona rural.

Con respecto al artículo 21, que establece que las tierras serán subdivididas en unidades económicas, es necesario citar el artículo 37, capítulo II, de la Constitución Nacional, que en su párrafo 2 dice: «El Estado formará la unidad económica familiar, de conformidad con lo que una ley especial establezca.» Vale decir que ya se había pensado en la Constitución del 49 la formación de unidades económicas, concepto en el que va involucrada no sólo la cantidad de tierra, sino también la calidad, los lugares y condiciones de explotación, y la clase de animales que pueden vivir en ella. Es un concepto genérico, diríamos así, y no de números, de tal manera que, así como en la provincia de Buenos Aires una extensión de 2.000 hectáreas es un latifundio, en la Patagonia es una parcela antieconómica. En esta forma se propenderá a la formación de unidades económicas para ser distribuidas entre familias labriegas, también de acuerdo con el artículo 38. Y a este respecto hay otras disposiciones, que luego veremos, que tratan de que no se divida esa parcela, porque, desgraciadamente, de acuerdo al régimen hereditario nuestro —que en eso también sigue al Código Napoleón— la división por cuotas de los herederos hace que a veces se dividan las propiedades en forma arbitraria y hasta, diría, ridícula.

Hay un fallo de los tribunales franceses en que a un heredero le asignaron un árbol y su sombra. Eso es lo que ha hecho la división por partes alicuotas del Código Napoleón que nosotros hemos seguido.

Esto lo veremos en lo que se refiere a la concesión de las parcelas inmediatas.

El artículo 28 dice: «El banco estimulará el parcelamiento de tierras suburbanas destinadas a radicar obreros que deseen explotar tierras con su trabajo personal y/o el de su familia en forma subsidiaria o substitutiva de su actividad habitual.»

Para mí esto resuelve los dos problemas, tanto el de las grandes ciudades como el de los pueblos chicos, a que me refería recién, en el sentido de que el obrero que va a efectuar la cosecha en verano o la arada en invierno, tenga su casita y una pequeña quinta donde dejar la patrona con los hijos, para que puedan ir a la escuela. Es una solución completa para el caso —y perdónenme los señores senadores que insista en este problema de la escuela, porque lo he vivido y sufrido—, que permitirá que los chicos estén radicados cerca de los lugares de instrucción, que hoy, gracias a Perón, es tan completa y humana que hará que los niños del futuro sean verdaderos ciudadanos de nuestra patria.

El problema de los pequeños pueblos de campo es el expuesto; y en cuanto a las ciudades, ojalá el obrero pudiera vivir como en algunas ciudades de Europa, donde, según me refería la señora senadora Casco de Aguer, los obreros, como residen lejos de la fábrica, hacen horario corrido, llevan su comida en una cajita y viven en las afueras, donde tienen las escuelas cómodas para sus hijos, sin que los mismos tengan necesidad de viajar, y, además, con un pedacito de tierra para olvidarse del farrago de la ciudad, que les permite, también, no sentirse insectos dentro de la fábrica, porque el hombre es hombre cuando está pisando la tierra y cuando puede tener siquiera el metro cuadrado de cielo libre para pensar en cosas más altas que las materiales.

El artículo 31 da preferencia a los arrendatarios, aparceros o medieros, para la adjudicación de las tierras que se colonicen, siempre que hayan tenido tres años de trabajo en esas mismas tierras.

Es una disposición completamente justa que se le dé preferencia a la gente que ya está sufriendo el problema del arrendatario, que hace, como bien lo dijo el señor senador Pierangeli Vera, que los vergeles se conviertan en eriales. De tal forma que prevé que si hay exceso de ocupantes para la colonización, puesto que propendemos a que no haya minifundios, se llevarán esos agricultores con preferencia a otros lugares de colonización.

Con respecto a los derechos y obligaciones de los adjudicatarios, el inciso g) del artículo 40 establece que «... cuando uno de los hijos constituya un nuevo núcleo familiar económicamente independiente, el predio adicional podrá ser adjudicado a nombre del hijo o yerno —no se olvidaron de las mujeres— del adjudicatario que reúna las condiciones estatuidas en el artículo 28».

Vale decir, que cuando uno de los hijos forme su hogar, sea mujer o varón, se le amplía el predio para que pueda seguir formándose la cadena de agricultores, porque todos hemos visto, y en mi provincia especialmente, que se

han hecho colonizaciones, en qué terminaron los hijos de los agricultores: en los pueblos, de empleados u obreros, cuando no han venido a la ciudad si han tenido la suerte de poder estudiar; es decir, no se quedaron en la chacra de los padres; han ido al pueblo porque la chacra era insuficiente, cuando no se la «comió» el comerciante del lugar que daba el capital, no formándose así una verdadera generación de agricultores que vayan teniendo ese amor al suelo donde han nacido el padre, la madre y los hijos, y en donde también se pierden los seres queridos.

Con relación a las obligaciones de los adjudicatarios, el artículo 41, inciso f), establece que «hay que plantar dentro de los cinco primeros años a partir de la posesión del predio y cuidar permanentemente, dos árboles forestales por hectárea, hasta trescientos como máximo». Este es un aspecto vinculado al problema de la erosión, y el representante de la provincia Eva Perón puede decir qué problema terrible es para ese Estado. Se talaron los bosques y el arrendatario no tiene ningún deseo de plantar árboles, porque sabe que su sombra no favorecerá ni a él ni a sus hijos; así vemos ranchos que se están cayendo, algunos sin blanquear, porque el arrendatario, como bien lo ha señalado el senador Pierangeli Vera, tiene odio a esa tierra, porque es un instrumento de opresión que usa el propietario contra él.

Con referencia a la vivienda rural, se establece en el proyecto de ley que el banco dará préstamos, así como el Banco Hipotecario y las demás instituciones vinculadas a otros regímenes de crédito, el Instituto Nacional de Previsión Social y ahora el Plan Evita, están resolviendo el problema de la vivienda urbana, lo hará el banco con el de la vivienda rural, para que sea higiénica, confortable y económica, ya que el que vive en el campo no tiene por qué hacerlo entre terrones y con techos de paja. El que vive en el campo debe contar con una casa, si se quiere en mejor o en las mismas condiciones que en la ciudad porque tiene más lugar para poner flores o para tener pájaros.

El objeto es que la gente se aquerencie, que tenga comodidades indispensables en su casa, que pueda darse un baño de vez en cuando y que se le enseñen las más elementales normas de convivencia, que los varones tengan una habitación, las niñas otra y el matrimonio otra, que es lo menos que se puede pedir en la actualidad. No es así ahora; todos los que nos hemos llegado a los ranchos hemos visto las taperas donde duermen todos juntos, hasta con el perro y las gallinas.

Deseo referirme al artículo 58 —que me interesa también, y en este caso hasta profesionalmente—, que trata del fallecimiento del adjudicatario. Nuevamente estamos frente al problema del minifundio, porque si se muere el dueño

de la parcela y ésta se divide entre los hijos volvemos atrás. Este artículo de la ley resuelve muy bien el problema, pues dice que el banco puede continuar la adjudicación con uno de los hijos que, por su capacidad de explotación, se considere apto para seguir con la parcela, o bien trasladar la adjudicación a nombre de la sucesión, instituyendo a uno de los herederos para que la represente en sus relaciones con el banco.

Supongamos que uno de los herederos se quede con la parcela. ¿Y los otros? El problema también está resuelto en el artículo 64, que dice que el banco estimará los valores a fin de determinar las alícuotas de los herederos y acordará créditos especiales para que el heredero adjudicatario desinterese a los excluidos. El banco entregará en metálico su parte a los hijos que no tengan interés en continuar con la explotación, y el heredero que se queda con toda la parcela, naturalmente, cumplirá con la institución en los plazos estipulados. Solución perfecta, porque de esta forma esa parcela, que, en realidad, para la mecánica de la ley tiene las características del bien de familia, continuará siendo el solar donde uno de los hijos prosigue el trabajo de los padres y donde la sombra de los árboles cobijará el cariño de los demás hermanos cuando se reúnan en esa tierra que los vio nacer, que ha conocido sus travesuras de infancia y que también se ha llevado lo que más han querido: sus propios padres.

Por último, una disposición que parecería no tener importancia es la del inciso f) del artículo 69. Este artículo fija las condiciones en que provincias y territorios nacionales se adherirán a la economía de esta ley, y en su inciso f) dice: «Facilitar la instalación de la justicia de paz, policía y escuelas en las colonias, si no las hubiere en la zona o no fueren fácilmente accesibles.» La justicia de paz en el interior del país, en los que han sido antes territorios nacionales, ha constituido siempre un elemento de progreso, porque sin ella, a veces, no podemos saber cuántos somos ni lo que somos. La gente del interior, frecuentemente, por no recorrer unas leguas, hasta dejaba de anotar a sus hijos, sobre todo si eran mujeres. Eso lo hemos visto con motivo del enrolamiento femenino, en la cantidad de informaciones sumarias que había que hacer porque el padre no las había anotado. A veces preguntábamos por qué no las habían inscrito, y nos contestaban: «Es mujer; ¡total, se va a casar!» Felizmente, los jueces de paz de provincias, y esto lo digo con experiencia, son funcionarios del lugar que resuelven todos estos pequeños problemas, un tanto domésticos, de la gente.

Las escuelas en las colonias —y a esto me quería referir especialmente— es lo que debe tratar de fomentarse en las provincias y territorios porque, como sabemos, de acuerdo con la Constitución Nacional, el régimen escolar es local,

de manera que las provincias deben resolverlo, pero no estableciendo cualquier escuela sino aquellas que, aparte de dar las nociones prácticas y necesarias para la vida, les haga querer a los niños ese pedazo de tierra y desear seguir siendo agricultores, no con los programas que teníamos antes —lo he dicho alguna vez al referirme a la educación al tratarse el segundo Plan Quinquenal—, que sólo permitían el trabajo manual para fabricar banderitas para el 25 de Mayo, y que los niños egresaran hechos unos verdaderos «doctores», sin «c», que no querían saber nada de la pala, y las chicas, de la cocina, de la plancha o de cualquier otro trabajo doméstico.

Felizmente, nuestros programas, desde la revolución, establecen la obligatoriedad de trabajos manuales, y de cada problema que se presenta en el aula debe quedar un trabajo de ese tipo realizado.

Esas escuelas deben hacer que el niño quiera a la tierra, que en realidad es lo único verdadero, ya que a ella volveremos, porque de ella hemos salido; que la ame, que se aquerencie en la misma. Que puedan tener su instrucción y su capacidad —nadie lo discute—; que puedan tener su higiene diaria —también nadie se lo discute—, pero que adquieran también conocimientos que les permitan extraer sistemática y científicamente los productos de la tierra, y no en la forma empírica y brutal como se hace ahora. Eso es lo que interesa más: que sientas la necesidad de capacitarse, de ilustrarse cada vez más con respecto a la explotación de la tierra, teniendo en cuenta que ellos serán los propietarios, los que la heredaran de sus padres en el caso que ya hemos visto.

Nuestra campaña debe tomar realmente una cadena de unidades económicas, cadena más floreciente y con propietarios más satisfechos. Ya ha dicho el general Perón que cuantos más propietarios tengamos más gente satisfecha habrá en el país, porque la propiedad es algo que llevamos dentro del alma; el hombre necesita saber que tiene, como decían los romanos: «plena in re potestas», vale decir, el poder completo sobre la cosa, la disposición sobre la cosa, hoy en día limitada por razones de función social, porque es inherente al sentimiento humano el saber que está pisando un pedazo de tierra que le pertenece.

Con la satisfacción —como dijeron mis compañeros de comisión en el día de ayer— de haber tenido la suerte de ser nosotros los firmantes de esta ley, y obedeciendo al mandato telúrico que me viene de muy lejos, de mi tierra pampa, apoyo este proyecto, que es orgánico, que es completo y previsor, que tiene instituciones novísimas con respecto a la propiedad de la tierra y que, estoy segura, hará de nuestra campaña lo que hemos deseado siempre: lugares de vida tranquila, sencilla, donde se

gesta, es indudable, la verdadera grandeza de la Nación, de esta patria que gracias al sacrificio de Eva Perón y a la gestión ciclópica de Perón está al frente de todo un continente con respecto a sus instituciones y alcanzando ese destino grande que, lo sentimos nosotros en esta hora, estaba ya previsto desde el fondo de los siglos. (*¡Muy bien! Aplausos en las bancas y en las galerías.*)

Sr. Ruiz Villasuso. — Pido la palabra.

Sr. Presidente (Iturbe). — Tiene la palabra el señor senador por la provincia Presidente Perón.

Sr. Ruiz Villasuso. — Señoras y señores senadores: obra en mí el mandato del gobierno de la provincia de Presidente Perón y de su pueblo para hacer llegar a este cuerpo su aplauso sincero y su apoyo a este proyecto de ley sobre colonización, que constituye para nosotros una verdadera revolución en lo agrario realizada por la acción estatal.

En la provincia Presidente Perón, en ese tránsito, si se quiere brusco, de territorio a provincia, y gobernada por hombres auténticos peronistas y trabajadores, ha sido la principal inquietud el problema de la tierra; y si digo gobierno de auténticos trabajadores es por eso mismo, porque están más cerca del problema.

Hemos hecho carne las palabras del presidente Perón cuando dice que en materia de reforma agraria lo que es necesario hacer de una vez por todas es crear unidades económicas, porque entendemos que unidad económica no es otra cosa que el equivalente del salario vital, que es lo que necesita el trabajador o el hombre de campo para desenvolver su actividad y lograr el bienestar personal y de su familia.

Comprendemos, también, que para la constitución de la unidad económica no puede hablarse solamente de unidades de magnitud o de superficie, sino que a ella concurren tres factores principales, que son: la tierra, el capital y el trabajo; que es una verdadera empresa agraria porque esos factores deben concurrir en función social, y tanto una propiedad de 20 ó 30 hectáreas como otra de 100 ó 200 están en función social cuando tienen un saldo o un producido económico, ya que ese producido es la suma de las distintas explotaciones de unidad económica.

La consigna de la hora es, por lo tanto, crear unidades económicas. En Presidente Perón nos faltaba un factor, que es el capital. Con todas las dificultades propias de un gobierno que se inicia recién, ya que en 1953 hemos votado un gobernador, y desde el punto de vista técnicoadministrativo no teníamos absolutamente nada, si comparamos con la situación de otras provincias que tenían ya una organización administrativa importante. Nosotros solamente contábamos con cuatro o cinco

organizaciones de carácter nacional que se manejan por correspondencia con Buenos Aires, por medio de lo más antiperonista y burocrático, que, desgraciadamente, por razones administrativas, debíamos usar: me refiero a su majestad el expediente. Además, detrás de un cómodo escritorio de la Capital Federal no se pueden resolver los problemas locales de las provincias, de carácter urgente.

Felizmente, con esta nueva acción de gobierno, con la conducción centralizada y la ejecución descentralizada, el panorama ha cambiado fundamentalmente. Voy a citar algunas cifras para que se pueda apreciar esta situación.

Al mes de julio de 1953 la provincia Presidente Perón contaba con diez millones de hectáreas, de las cuales cinco eran de carácter fiscal, que no se trabajaban; el resto se descomponía en un millón y medio en manos de minifundistas o pequeños agricultores propietarios y tres millones y medio en poder de tres o cuatro firmas de carácter feudal, sin explotación integral. Traigo estos datos como rendición de cuentas y en carácter personal, con toda la responsabilidad del caso.

En un año de gobierno se han adjudicado dos mil unidades económicas —que representan ochenta mil hectáreas— previamente estudiadas técnicamente, contempladas las condiciones ecológicas, que han sido adjudicadas entre colonos e hijos de colonos con antecedentes agrarios, facilitándoseles los títulos de propiedad de la tierra con carácter definitivo. Se les han dado los útiles de labranza, máquinas, herramientas y aun aquel factor que faltaba, o sea el capital, en forma de créditos a diez años de plazo; aparte de todo esto se les otorgó el asesoramiento técnico necesario para evitar el agotamiento del suelo, fomentando la diversificación de la producción.

En la actualidad se encuentran en situación de adjudicarse doscientas setenta mil hectáreas de carácter fiscal y cuarenta mil expropiadas.

Además, se ha realizado una acción mancomunada y de estímulo con las fuerzas armadas, y se ha dado por primera vez en la historia de la provincia el hecho de que a los treinta mejores conscriptos egresados del ejército luego del año de instrucción militar se les haya entregado un lote de terreno a cada uno, con título definitivo, con su correspondiente vivienda, herramientas, crédito y el asesoramiento correspondiente, todo ello como premio a su labor y por haber cumplido con la patria. Ello es una prueba más de la comprensión existente entre pueblo y ejército.

Con respecto al problema indígena, que en realidad hasta ahora no tenía solución, existían colonias de aborígenes donde vivían padres e hijos, a quienes se les daban las provisiones correspondientes, los créditos necesarios, las herramientas, el control técnico; pero al

final del año agrícola —si se puede llamar así— o habían vendido las herramientas o el que había producido vendía por su cuenta y bajo cuerda su producción.

Se ha encarado en Presidente Perón este problema indígena en otra forma. Se le da al aborigen su pequeña unidad económica y se lo coloca entre cuatro o cinco colonos blancos para que sean asimilados por esa colonia blanca, a objeto de evitar el atavismo.

Nada podríamos hacer si únicamente diéramos tranquilidad económica al agricultor; debemos proporcionarle una fuente de cultura y la seguridad social y sanitaria suficiente a fin de que pueda afincar en la región. Se ha estudiado la distribución de las escuelas rurales y hospitales, además de las escuelas granjas, ya que se daba el caso de que a veces un agricultor para afilar la reja de su arado debía viajar de 150 a 200 kilómetros, con la consiguiente pérdida de tiempo. Las escuelas granjas, en la actualidad, tienen por función enseñar a los agricultores y a sus hijos cómo se afila una hoja de arado, cómo se regula el inyector de un tractor, en fin, pone en sus manos aquellos conocimientos necesarios para desenvolverse con eficacia en las tareas rurales.

Señor presidente: pueden haberse deslizado errores en esta tarea. No olvidemos que el error es humano y que el que trabaja puede equivocarse. Si se me permite la expresión, diría que el que nunca sube a caballo no corre el riesgo de caerse.

La oposición está pronta a criticar esta labor. Yo podría comparar a sus representantes con aquellos perros que ladran a las jardineras en los caminos: pueden perturbar y molestar, pero sabido es, señor presidente, que las jardineras siempre llegan a destino, a igual que las obras buenas.

La tarea cumplida en la provincia Presidente Perón es la enunciada. Se ha realizado con el pensamiento siempre puesto en Perón y en Eva Perón, y puedo asegurar a los señores senadores que la obra que llegue a realizar, en la medida de sus posibilidades, el gobierno peronista que ha surgido en nuestra provincia habrá de justificar plenamente la confianza que en él ha depositado nuestro líder, el general Perón. *(Aplausos prolongados en las bancas y en las galerías.)*

Sra. Casco de Aguer. — Pido la palabra.

Sr. Presidente (Iturbe). — Tiene la palabra la señora senadora por Presidente Perón.

Sra. Casco de Aguer. — Señor presidente: quiero anticipar mi voto favorable a esta ley de colonización enviada por el Poder Ejecutivo Nacional. Y lo quiero hacer en mi doble carácter de representante de una provincia cuya riqueza arranca de su tierra misma y de ex territoriana, hija de ese campo donde el salmo del dolor se elevó en las horas sombrías de aquella Argentina inerte en la que abrimos los ojos a la vida

y arrastramos nuestra niñez y nuestra juventud.

No podía silenciar la voz del corazón, de mi corazón de mujer peronista, en esta hora trascendente de la nacionalidad; en esta hora de todas las reivindicaciones y de todas las esperanzas. De la fe que arde otra vez en llamada reavivada por el sople vivificador de quien, arrojando todas las vicisitudes y todas las incomprendiones, ha levantado la bandera de la patria para hacerla reconocer, haciéndola amar como se merecía en un alba de resurrección con aleluyas de triunfo.

No podía silenciar la voz de mi corazón, del corazón agradecido de la mujer humilde que forma las filas de las huestes de la inmortal señora en su Partido Peronista Femenino para expresar en alborozo y emoción la gratitud a quien realizó el milagro de una patria nueva, a quien hizo posible la hora de paz en que vivimos, a quien hace posible esta Argentina, mensaje de buena nueva en las sendas oscuras de la humanidad, al general Perón, conductor de su pueblo, prócer ilustre, apóstol de la justicia y de la libertad.

Trae mi voz a este recinto algo así como el eco de las voces de todas las mujeres que en la soledad de los campos entregaron a los vientos su ensueño, buscaron una senda entre chilcales, sangraron sus plantas en los espinos, hurgaron en la noche infinita el astro nuevo. De todas las mujeres que rasgaron la tierra y colmaron los surcos, permanecieron en vela en tantas y tantas jornadas temblorosas en aquella espera del que siembra y anhela el milagro de ese amanecer con la hoja que asoma saludando a la vida, con esa oración permanente de las lluvias benditas, con aquella incertidumbre de la buena cosecha.

Porque allí, en las comarcas territorianas, la mujer trabajó a la par del hombre. Bajo el sol de fuego, en el rigor de los inviernos crudos, en todas las mañanas y en cada uno de los atardeceres la mujer aró, sembró, carpió, cosechó, junto a su hombre, sin dejar por ello de ser madre y amamantar a sus hijos entre las jornadas de la ruda labor.

Los surcos paralelos fueron recogiendo como un pentagrama las notas de su corazón. Y ella, entre aquel luchar infatigable, escribía también su canto esperanzado, porque hay en el alma de las madres un gozo casi divino que ellas solamente poseen y que hace posibles todas sus enterezas y todos sus sacrificios.

Por eso la mujer y la tierra tienen un común destino. Alguien dijo en su canto: «Ella es madre inmortal que el bien ofrece y al ver lo grande de su amor, parece la tierra toda un corazón inmenso.»

Fecunda es como la entraña de la mujer. Como ella se ofrece, receptáculo sano, a ser custodio de la nueva vida.

Como ella le da su calor y le teje su canción

en los días de la espera larga. Como ella, en un alumbramiento de gloria realiza aquel mandato de «Creced y multiplicaos».

Como ella sostiene al vástago y lo defiende de las inclemencias y peligros. En ansiedad febril lo contempla crecer, y cuando la flor asoma en su belleza pura, vibra de gozo como ella en la realidad de un sueño tan ansiado.

La mujer recibe la vida y la fecunda. Pero también como ella necesita la constante y amorosa dedicación del hombre. Necesita la caricia del labriego, necesita su tesón y su fe. En esta ausencia las zarzas y las espinas tratan de ahogarla y su vida es estéril, como la de los eriales y los páramos.

Cuenta la mitología que cuando Palas la hirió con su lanza, nació el olivo, símbolo de la paz.

Esto hace exclamar a Virgilio: «¡Oh, demasiados felices los labradores si conocieran los bienes de que gozan!».

Pero fué la tierra motivo de explotación y de injusticia. Aquellos sueños del poeta se cambiaron por una cruda materialidad individualista y los campos de la patria no tenían horas para el madrigal, ni hacían diferencias de edades o de sexos. Una soledad infinita hizo a los niños hombres antes de tiempo. No hubo emoción de adolescencia.

Mujeres y hombres en idénticos trajines. ¡Cuántas veces el anuncio del hijo llegó con sus dolores junto al surco! Por eso, la mujer, en mis comarcas, conoce todas las fatigas y es capaz de todos los sacrificios. Desconoce todo lo placentero, todo lo fácil. La hemos visto, en nuestras madres, perder la juventud y marchitar la tez. La hemos visto, en nuestras madres, endurecer las manos para arrancar de la tierra el pan para sus hijos. La hemos visto después en las cosechas algodóneras, días y días bajo el abrazo de un sol quemante, ir con su prole recogiendo capullos por la misera paga de los poderosos. El algodónal ha escrito su historia con el dolor de la mujer y de los niños explotados en las horas de la oligarquía.

Por eso, un día, cuando aquella mujer extraordinaria llegó a la patria, comprendió a la mujer. Por eso, Eva Perón, mirando los campos argentinos, exclamó: «Estaré siempre luchando para que llegue al campo argentino la obra social y no descansaré jamás ni se cansarán mis manos de recoger los ensueños y esperanzas de los descamisados de mi patria, porque sé que en manos del general Perón, merced a una virtud extraordinaria, se convertirán en realidades.»

Señor presidente: Y así es. Esta es la realidad de aquellos sueños.

Esta magnífica ley hará de la tierra lo que debe ser: un bien de trabajo, y tendrá ella un destino: las manos que la trabajan.

La familia campesina —y en ella la mujer, su fundamento— vivirá dignamente, recibiendo lo que en justicia ha merecido siempre por sus fatigas y renunciamentos. El hijo de la tierra extenderá sus brazos para aprisionarla con amor inmenso. Los sueños de Martín Fierro, forjados en la hora empapada de llanto de todas las desesperanzas, madurarán en el racimo, en el capullo blanco y en el áureo grano.

Y será toda la patria un vergel donde el trabajo cante.

El realizador de esta grandeza tendrá en los trigales la bendición de Dios, y cada surco, como una madre fecunda, esperará de pacíficos labradores la simiente buena, la que mañana se convertirá en espiga y en pan.

Y será en la cordial armonía de los hijos nativos y de aquellos venidos de la Europa lejana, ante este nuevo altar de la patria, la misa oficiada por rudos labriegos que alzando este pan de ternura harán que se postren los hombres bajo un cielo de azules y blancas banderas en la Nueva Argentina, la tierra bendita en amores, en la hora de todos los pueblos.

Señor presidente: «La esperanza del colono de ser dueño de la tierra que trabaja se va trocando hoy en una palpable realidad», ha expresado nuestro conductor.

Esa esperanza es hoy realidad con la sanción de esta ley, fruto de la Doctrina Nacional, inspirada en el bien y la verdad.

Esta es la hora de la siembra. El surco nos reclama y hay en los aires de la patria un

himno de libertad flameando como un emblema de soberanía y majestad.

La tierra, la madre tierra, esta tierra nuestra de la Nueva Argentina, es un inmenso cáliz donde las vides volcaron su sangre de paz... Sobre los pueblos vencidos del orbe, la mano generosa de un hombre genial, labriego incansable de las eras fecundas, lo levanta para ofrecerlo y compartirlo. Somos un pueblo libre, justo y soberano. Somos el pueblo más feliz de la humanidad. Colmemos nuestro surco con simiente buena y hagamos del trabajo la sublime oración de Dios, aquella oración que nos enseñó con amor inmenso la que trabajando amó y amando vivió, para darse por nosotros, los humildes y los pobres. (*Aplausos prolongados.*)

Sr. Presidente (Iturbe). — Si no se hace uso de la palabra se va a votar en general el despacho de la comisión.

—Se vota y resulta afirmativa.

—En particular es igualmente aprobado.

Sr. Presidente (Iturbe). — Queda aprobado el proyecto.

Se comunicará a la Honorable Cámara de Diputados.

No habiendo más asuntos que tratar, queda levantada la sesión.

—Eran las 11 y 25.

ANGEL A. BARNETCHE.
Director del Cuerpo de Taquígrafos.